

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vehis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
utilitatis partes tuendas suscepisti.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet
—Pie IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisiona-
dos, y 15 rs. al mes y 45 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La
administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provin-
cias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Tai-
bout.—No se devuelve ningún manuscrito.

CORTES.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR SAGASTA.

Extracto de la sesión celebrada el día 16 de Octubre
de 1871.

Abierta a las tres menos cuarto, y leída el acta de la anterior fué aprobada.
(Una gran concurrencia llena las tribunas; en la pública se ven algunas caras patibularias.)

Desde los primeros momentos ocupan su sitio los señores diputados.
El Sr. RUIZ ZORRILLA (D. Manuel): Pido la pa-
labra.

El señor PRESIDENTE: El Sr. Ruiz Zorrilla tiene la palabra.

El Sr. RUIZ ZORRILLA (D. Manuel): Voy a hacer una pregunta al señor ministro de Gracia y Justicia con permiso del señor presidente.

No estuve en la sesión del sábado en los momentos en que el Sr. Figueras hizo una pregunta al señor ministro de Gracia y Justicia, a la cual el señor ministro contestó, entre otras cosas, de que yo no tengo para qué ocuparme; lo siguiente: «yo no he hecho concesión ninguna; eso se queda para otros ministerios: estoy tan ignorante hoy de este proyecto, como lo estaba el sábado pasado; no necesita este ministerio, que responde a un gran pensamiento político, hacer concesiones para cumplir con su deber».

Todos los señores diputados, sin distinción de fracciones, saben que es lo que se ha dicho del ministerio que yo tuve la honra de presidir; acerca de concesiones y acerca de pactos con otros individuos y con otros partidos que no estaban al lado de la dinastía. Yo no voy a prejuzgar la cuestión, y me voy a concretar a preguntar al señor ministro de Gracia y Justicia, aunque no está presente, pero por si puede contestarme el señor ministro de Ultramar, que la cuestión es bastante grave, y supongo que se habrá ocupado de ella en Consejo de ministros: ¿tiene alguna noticia oficial o extraoficial de pactos o concesiones con otros partidos que no sea el partido progresista-democrático, hechos por el ministerio que he tenido la honra de presidir? ¿tiene alguna antecedente, tiene algún motivo, tiene sospechas siquiera de que esto haya podido suceder? Espero la contestación del señor ministro de Ultramar.

El señor ministro de ULTRAMAR (Balaguer): Pido la palabra.

El señor PRESIDENTE: El señor ministro de Ultramar tiene la palabra.

El señor ministro de ULTRAMAR (Balaguer): El señor ministro de Gracia y Justicia, como ve el señor Ruiz Zorrilla, no se halla aquí: le he mandado un recado por si acaso estaba en el edificio; yo pondré en su conocimiento la pregunta que S. S. ha dirigido al Gobierno.

Ahora voy a contestar a la segunda parte de la pregunta. El Gobierno no se ha ocupado en Consejo de ministros, puedo asegurárselo a S. S., de lo que S. S. indica; y respecto al ministro de Ultramar, que tiene la honra de dirigirse al Congreso, ya sabe su señoría lo que piensa acerca de ello, porque sabe y conoce toda la realidad del Sr. Ruiz Zorrilla.

El señor PRESIDENTE: El Sr. Ruiz Zorrilla tiene la palabra.

El Sr. RUIZ ZORRILLA (D. Manuel): Yo estimo mucho las últimas frases del señor ministro de Ultramar; pero el señor presidente me da permiso, y yo se lo agradeceré mucho, porque todos los señores diputados comprenden la importancia de este asunto, que yo diga algo más de lo que me consiente el Reglamento y me conceda el permiso que su señoría me ha dado para hacer la pregunta: si a su señoría no le fuera posible, anunciaría una interpellación.

Yo agradezco sobremanera las frases del señor ministro de Ultramar; yo siento mucho que no se encuentre presente el señor ministro de Gracia y Justicia, y que no pueda decir terminantemente si se refería o no, al hablar de concesiones a otros partidos, al ministerio que he tenido la honra de presidir. Pero me conviene hacer constar, no para el señor Balaguer, que ha estado a mi lado mientras yo he sido ministro de la Gobernación, y me ha visto dos o tres veces cada día, y sabe que he sido fiel y consecuente con mis antecedentes y mi programa; tampoco para los otros señores ministros, que no tienen motivo ni derecho a dudar de lo que yo afirmo, de lo que yo pienso y de lo que yo he prometido al país; ni siquiera para los señores diputados, que saben que lo que sobre este punto se ha dicho no es cierto, y que se ha dicho con un objeto deliberado, si no para el país, para los que hayan podido creerlo, para los que hayan podido dudar un momento; me conviene consignar, repito, porque los partidos atraviesan por una crisis suprema, porque no hay arma, por vedada que sea, de que no se valgan los unos y los otros (no acuso a nadie en particular); me conviene que conste que yo no he tenido ni antes, ni después, ni ahora, ni nunca, pactos de ninguna clase con los republicanos, ni como colectividad, ni como individuos particulares.

No se necesitaba esto, señores diputados, después de lo que yo dije en los momentos en que tuve la honra de presentar mi dimisión; pero es indispensable que se consigne, es indispensable que se diga, es indispensable que se proteja contra esa acusación, puesto que cosas más absurdas que esta se atribuyen al ministerio que tuve la honra de presidir. En un país que todavía no está bastante educado para la vida pública; en un país donde hay muchísimos individuos que no creen otra cosa que lo que leen en el periódico o que están suscritos; en un país donde se cree que para luchar con caracteres enteros que están dispuestos a cumplir aquello que se proponen, son buenas armas el hablar en la calle, el murmurar en el café, el decir en el pasillo, en el salón de conferencias, en el suelo de un periódico, cosas que son contrarias a lo que ha sucedido, a lo que pasa y a lo que probablemente siente el mismo que lo dice, no está demás que yo haga esta protesta y que yo insista en ella.

Yo no tengo que juzgar aquí, yo no tengo que decir, eso se queda para los republicanos, el por qué ellos han creído que debían dispensar cierta benevolencia, o llamase como se quiera, al ministerio que yo he tenido la honra de presidir. Yo no tengo que decir también, señores diputados, si la actitud del partido republicano, si la actitud de su directorio, si la actitud de los hombres que le imprimen la marcha, y lo que aconsejan lo que debe hacer, ha sido o no conveniente para la altísima institución que todos estamos interesados en respetar, aunque no todos buscan los medios en mi opinión más a propósito para que se respete y para que se consolide en este país. Yo no tengo que entrar en esa cuestión; lo que era necesario probar al ministerio que yo he tenido la honra de presidir, y al ministro encargado

del departamento de Gobernación, es que hubiera hecho algo respecto del partido republicano, de cada uno de sus individuos, que pudiera debilitar el principio monárquico, que pudiera hacer creer que faltaba a sus promesas en lo que se refería a la defensa del orden público; en una palabra, que pudiera hacer ver el que tiene la honra de dirigirse su voz renegaba de sus antecedentes, de las mismas luchas sostenidas con el partido republicano, y de los compromisos contraídos, no solo con la altísima institución a que me he referido antes, sino con la persona por la cual estaba yo en el deber, a falta de otras circunstancias que me ligan como hombre público, de comprometer todo lo que el hombre puede comprometer en la vida. (El Sr. Figueras: Pido la palabra para una alusión.)

Permitidme, señores diputados, un pequeño desahogo que acaso pueda ser completa y exclusivamente personal. Yo podía, si no esperar, a lo menos explicarme esta acusación; este recelo, estas sospechas de hombres que hubieran sido antes, después y después de votada la dinastía fervientes dinásticos; pero no me podía ocurrir que los que no se atrevían a defender ninguna candidatura, que los que vacilaban entre la interioridad y la monarquía, que los que no osaban arrostrar la situación a trueque de cumplir con el art. 33 del Código fundamental; aquellos a quienes todos los candidatos les parecían buenos cuando no tenían probabilidades de triunfar y todos les parecían malos cuando había probabilidades de que fueran votados, no me podía ocurrir, repito, que me dirigieran semejante cargo.

Yo no tengo que hacer, lo saben todos los señores diputados, profesión de fe en esta materia. A mi me han parecido buenos durante el período constituyente todos; absolutamente todos; sin excepción de uno solo, los candidatos que pudieran venir a ocupar el trono de San Fernando; a todos los he apoyado y a todos he prestado los servicios de la influencia de que yo podía disponer en aquellos momentos a trueque de que se cumpliera el art. 33 y a trueque de que se conservara el período de la interioridad; y hasta el único candidato que me parecía repulsivo y difícil de aceptar para mi partido, le he respetado, no le he contrariado nunca, no he salido de mis labios una sola palabra que le pudiera ofender, porque tal importancia daba yo al principio monárquico, que ni siquiera de soslayo quería combatir ni aun al candidato que me pudiera ser más antipático.

Yo no tenía ningún compromiso anterior; yo no había soltado prenda de ninguna clase ni antes, ni durante, ni después de la revolución; yo no tenía que acusarme ni de falta de cálculo antes que la revolución se verificara, ni de debilidad en momentos supremos después que la revolución se hubo hecho.

Voy a concluir suplicando, no a los señores diputados, sino a los que hayan de leer mañana el Extracto de la sesión, que tomen en cuenta, que sepan desde ahora para siempre, digan lo que quieran periódicos empeñados en difamar y calumniar, digan lo que quieran los hombres que se llaman hábiles, porque saben desfigurar la verdad o inventar patrañas para esparcirlas en un momento determinado en las luchas políticas que entre unos y otros tenemos; sepan desde ahora para siempre que el que tiene la honra de dirigirse la palabra ha sido desde el principio de la revolución, ha sido mientras formó parte de los diversos ministerios, ha sido en el ministerio que ha tenido la honra de presidir, tan celoso del principio monárquico, aun antes de que el rey se sentara en el trono, como después, y como lo seguirá siendo siempre para defenderle; pero al mismo tiempo ha sido antes, es ahora y será después celoso observador y hombre dispuesto a defender la Constitución de 1869 en toda su integridad y en toda su pureza, porque tiene la convicción de que la monarquía que la soberanía nacional ha levantado puede sostenerse, puede consolidarse, se está consolidando ya, cumpliendo los hombres públicos de todos los partidos lealmente con la Constitución de 1869; así como creo que el título I de la Constitución, que es lo que aquí divide a los partidos y a los hombres, tiene la mejor de las garantías en la monarquía, en la dinastía y en la persona que ha levantado la soberanía nacional para ocupar el trono de San Fernando.

El señor ministro de ULTRAMAR (Balaguer): Pido la palabra.

El señor PRESIDENTE: La tiene V. S.

El señor ministro de ULTRAMAR (Balaguer): Respecto, como no puedo menos, las intenciones que haya podido tener mi respetable amigo el Sr. Ruiz Zorrilla al tomar la palabra; pero vuelvo a repetir lo que he dicho antes a S. S., porque es lo único que me cumple, y es que el Gobierno, que el Consejo de ministros no se ha ocupado ni privada ni colectivamente de lo que S. S. ha dicho.

Lo que yo puedo decir, no ya solo respecto de mí, sino respecto de todos los individuos que hoy forman el Gobierno español; lo que yo puedo decir al señor Ruiz Zorrilla, y se lo digo muy alto, porque sabe la lealtad con que siempre hablo, es que el Gobierno no ha puesto jamás en duda ni su firmeza ni sus convicciones en los principios monárquicos, ni su lealtad, ni su nobleza.

El Sr. RUIZ ZORRILLA (D. Manuel): Pido la palabra.

El señor PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. RUIZ ZORRILLA (D. Manuel): Conste para todos los señores diputados, conste mañana para el país, puesto que se cree autorizado el Sr. Balaguer para hablar en nombre de sus compañeros, que en lo que hablaba de concesiones el señor ministro de Gracia y Justicia no se refería ni podía referirse, por lo que acaba de decir el Sr. Balaguer, al ministerio que he tenido la honra de presidir.

El señor PRESIDENTE: El Sr. Figueras ha pedido la palabra; pero yo le pido que no la usa para una alusión personal, porque no ha habido semejante alusión.

El Sr. FIGUERAS: La alusión ha sido bien clara. Sin embargo, si el Sr. Sagasta tiene la opinión de que en este momento, cuando se trata de pactos y alianzas entre esta fracción, que hoy es tan republicana como ayer, que mañana lo será, si cabe, más que hoy, y que no ha dejado de serlo nunca, ni por un solo instante, y otra fracción de la Cámara, que ha sido Gobierno, no debe conceder a un individuo de esta minoría, aludido claramente, aunque sin nombrarle, por el Sr. Ruiz Zorrilla, la palabra en este debate, no hablaré; pero conste que nosotros no dejamos ni dejaremos de ser republicanos, cuando a mí me convenia explicar la razón por qué mirábamos con benevolencia al ministerio del señor Ruiz Zorrilla, no lo haré, puesto que al Sr. Sagasta parece que no le place que yo explique la causa de esta conducta. (Varios señores diputados: Que hable, que hable.)

El señor PRESIDENTE: Señor Figueras, yo oigo siempre a S. S. con mucho gusto, pero estoy aquí para que el reglamento se respete; y como no ha habido en realidad alusión personal, porque el Sr. Zorrilla no se ha referido más que a partidos y no a

personas; por eso no puedo conceder a V. S. la palabra; pero en vista del deseo del Congreso, se la concedo a V. S. con mucho gusto.

El Sr. FIGUERAS: Yo agradezco a V. S. la deferencia, y siento haber tenido con la presidencia este debate. Creía que se me hubiera concedido la palabra, y que no necesitaba S. S. para comprender que había en estos momentos necesidad de que yo la usara, de las voces que han salido de todos los bancos del Congreso. Pero vale más conocer el error que perseverar en él, y aun bajo este punto de vista yo doy infinitas gracias a S. S.

Señores, yo venía dispuesto a oír un debate solamente sobre otra cuestión, y me ha sorprendido el comienzo de esta discusión. Observé antes de ayer que había cierta intención en las palabras pronunciadas por el señor ministro de Gracia y Justicia; las recogí, y dejé que hablara de ellas el que se creyera aludido; pero no podía pensar que antes de entrar hoy en la orden del día tuviera lugar un debate de importancia del que ha iniciado mi amigo particular el Sr. Ruiz Zorrilla.

Yo hubiera callado si no hubiese salido de labios de S. S. una frase importantísima que me conviene recoger para decir lo que pienso el partido republicano y el por qué de su conducta durante el ministerio del Sr. Zorrilla.

Su señoría ha dicho: «Los republicanos explicarán las causas de su benevolencia para mi ministerio; y tampoco me toca a mí demostrar si esta benevolencia ha servido para afirmar altísimas instituciones, a las que yo estoy completamente consagrado.» Esto tiene una gravedad inmensa, y el partido republicano debe decir por qué ha prestado su benevolencia, sin pensar nunca contribuir al fortalecimiento de instituciones que cree un obstáculo decisivo al progreso humano.

Nosotros, desde que entramos en las Cortes Constituyentes, digámoslo que eran remora los de la fracción conservadora unidos a los progresistas, para que la revolución tuviese todo su natural y lógico desenvolvimiento; nosotros decíamos que con el tiempo el partido unionista había de absorber por completo al partido progresista, que no sabía decidirse a ser revolucionario; nosotros decíamos también que el partido progresista siempre miraba como enemigos a los que tenía delante, y no se cuidaba de las asechanzas de los que tenía detrás ni a los lados.

Llegó un día en que por unos candidatos a un ministerio se declaró la ruptura de la conciliación. ¿Qué papel era el nuestro? Apoyar a los que hacían la ruptura. Pero no lo habíamos hecho por eso solo; lo habíamos hecho por otra razón más fundamental: de principios, porque habíamos visto el programa del Gabinete que presidía el general Serrano, y nos habíamos alarmado por los derechos individuales al ver aquel programa, en el cual se aceptaban temores ridículos, queriendo decir que bajo los derechos individuales se desenvolvían asociaciones contrarias al Estado, y en el cual se exaltaba el medio pueril de las clases medias para subvertir el orden de la nación. Nosotros vimos al lado del general Serrano, del ministro de la Gobernación, a un hombre que había calificado los derechos individuales de derechos inaguantables; que había confesado que nos había provocado a la lucha porque quería acabar con nosotros de una vez, y nosotros debíamos, por consiguiente, apoyar a todo ministerio que prometiese cumplir y observar el título I de la Constitución y que viniera a sustituir al enemigo «encarnizado» del partido republicano, y al amigo y aliado oculto del partido conservador; nosotros no nos cuidamos entonces, ni había para qué, de averiguar si este ministerio afirmaría o no afirmaría la institución monárquica; a nosotros nos bastaba saber que el día en que se pudiera demostrar, y esto se ha estado mostrando durante el ministerio que presidía el señor Ruiz Zorrilla, y que ha observado fiel y lealmente la Constitución, que puede haber derecho de reunión y de asociación, y libertad de imprenta, y milicia ciudadana, y sufragio universal, sin peligro para el orden, aquel día se habrá acabado la monarquía, porque se habrán convencido las clases conservadoras de que el único medio de que puedan resolverse los pavorosos problemas de la sociedad moderna, se ha de encontrar bajo el imperio de la forma y de las instituciones republicanas, y no de otro modo alguno.

Por eso nosotros, así como reprobamos las aventuras de los que por un deseo, aunque justo en el fondo, impacientes... (Rumores en los bancos de la derecha.) Vosotros os reís, ¿os parece acaso que no es una verdad lo que digo? ¿Pues tened el valor de proclamar que para que la monarquía exista, es preciso que no existan los derechos individuales; y si lo creis así, no debíais haber tenido la cobardía de transigir desde el principio de las Cortes Constituyentes con los derechos individuales, no habiendo querido nunca. Si la monarquía y los derechos individuales son incompatibles, yo tengo esta convicción, como también la de que toda monarquía es enemiga del progreso humano. (Continúan los rumores y las risas en los bancos de la derecha.) Me alegro de que se haya pronunciado tan claramente una parte de la Cámara. Confesais que los derechos individuales son incompatibles con la monarquía; (Voces en la derecha: No, no es eso.) ¿Pues estáis de acuerdo con el Sr. Ruiz Zorrilla, que creía que la monarquía y los derechos individuales pueden coexistir; que los derechos individuales pueden desenvolverse con la monarquía. (Señales de afirmación en la derecha.) Entonces, ¿por qué habéis derribado al ministerio Ruiz Zorrilla? ¿Es por ambiciones personales? ¿Es por deseo de mando? El Sr. Ruiz Zorrilla, que respetaba tanto los derechos individuales, que los crea compatibles con la monarquía, ¿no es tan digno de vuestro apoyo como el Sr. Sagasta que no puede aguantar los derechos individuales?

De modo, señores, que queda convenido que no hay diferencia esencial entre todos vosotros y el señor Ruiz Zorrilla, aunque queda consignado también que por parte y fuerza de vuestros votos ha sido el Sr. Ruiz Zorrilla echado del ministerio pensando lo mismo y afirmando lo mismo que vosotros pensáis y afirmáis.

Yo he afirmado hoy lo que todos nosotros hemos afirmado siempre: seremos benevolos con cualquier ministerio que practique leal y sinceramente el título I de la Constitución, porque no queremos más que su escrito y leal cumplimiento para desarrollar nuestros principios, para propagar nuestras ideas, en cuya fuerza y en cuya vitalidad creemos tanto, que con ellas solas, sin trastorno material ninguno, y condenando los actos de violencia, estamos seguros de acabar con todas las monarquías del mundo.

El Sr. RUIZ ZORRILLA (D. Manuel): Pido la palabra para una sencilla rectificación.

El señor PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. RUIZ ZORRILLA (D. Manuel): Reclamo por breves instantes la atención de los señores diputados: me conviene decir consignado, aunque no lo necesitaba, después de lo que he dicho al principio de este incidente, que tengo una convicción com-

pletamente distinta del Sr. Figueras. Yo creo que la práctica leal y sincera de la Constitución, que el respeto a los derechos individuales es lo que ha de contribuir más en este país esencial y eminentemente monárquico a afianzar la monarquía; y tenemos pruebas de ello en el reciente viaje que ha hecho S. M.

Pero no había pedido la palabra para esto: ha hablado el Sr. Figueras de los derechos individuales, y entre ellos de una cosa que no es, que no puede ser derecho individual, de la Milicia Nacional, del pueblo armado. No es para contestar a S. S. ni para rectificar lo que acaba de decir para lo que me ocupó de este particular. Me había olvidado hacermelo cargo antes de dos concesiones que se ha dicho en la prensa y en otros sitios que el ministerio que yo tuve la honra de presidir había hecho al partido republicano y acerca de las cuales, a pesar de que he procurado que se conteste en otros periódicos, no he podido conseguir que se haga la luz.

Se ha dicho, y esto lo saben los señores diputados que los resultados de mis concesiones, de mis pactos, de mis actos con el partido republicano, eran la reposición del ayuntamiento y el armamento de la milicia nacional.

Pues bien; yo debo consignar aquí que entre los muchos ayuntamientos que con justicia (y no debo ocuparme de esto ahora; la ley municipal tiene establecidos los medios de separarlos y reponerlos), que entre los muchos ayuntamientos que han sido repuestos durante los sesenta y siete días que he tenido la honra de ser presidente del Consejo de ministros, solo han sido repuestos cinco que no procedieron del sufragio universal, y por cierto que la mayoría de ellos no pertenecía al partido republicano.

Respecto a la Milicia Nacional, de aquellos 500,000 fusiles que no existen en ninguna parte, ni hay dinero para comprarlos, ni el país está para estos gastos; respecto a aquellos 500,000 fusiles que, según se dice, se habían entregado o se pensaban entregar, es necesario que sepan los señores diputados y el país que todo está reducido a 2,300 fusiles entregados a varios pueblos, previo expediente formado por mi amigo el dignísimo señor presidente de esta Cámara, y aprobado por mí, porque me encontré en esa situación de aprobar lo que el Sr. Sagasta había acordado, previo informe. Cinco ayuntamientos y 2,300 fusiles, señores diputados; y esto sin que los republicanos, que se habían colocado, y ellos lo han dicho a la faz del país, en el terreno de la propaganda y de la lucha pacífica, se propusieran ir a pedir fusiles al ministerio de la Gobernación, y sin que nadie del ministerio se los hubiera dado, si no tenían razón, aunque los hubieran pedido.

El señor PRESIDENTE: Queda terminado este incidente.

El Congreso quedó enterado de que el Sr. Herrera no podía asistir a la sesión por hallarse enfermo; de que el señor ministro de Hacienda remitía el expediente relativo a los jardines del Buen-Retiro, y de que el señor ministro de la Guerra remitía algunos datos sobre economías que pasaron a la comisión de presupuestos.

Se lea una proposición del Sr. Morayta pidiendo la reforma del reglamento de la Cámara y supresión de sus apéndices.

La apoya su autor, y para probar lo perjudicial de las disposiciones reglamentarias, cita el hecho de no poder tratarse hoy, por no ser sábado, de la separación del juez que entiende en la causa del asesinato del general Prim.

Dice que esta separación tiene por objeto el que no se averigüe lo que todo el mundo tiene derecho a saber, pues en esa causa hay cosas que comprometen a elevadas personas.

Excita al Gobierno para que apoye la proposición, dando de esta manera pruebas de su amor a la discusión.

El señor ministro de la Gobernación niega que el derecho de interpellación de los diputados no se coarta en el reglamento.

Protesta con energía contra las calumnias de que se hace eco el Sr. Morayta sobre el asesinato del general Prim.

El Sr. Alarcón pide la palabra para defender a un ausente y para lamentar que se descienda a ciertas miserias solamente por el gusto de ofender honras altísimas.

En algunos bancos se oye el nombre del duque de Montpensier.

El Sr. Morayta se extraña de que el Gobierno se oponga a una cosa que tiende a restablecer un derecho que no se atrevieron a tocar ni el Sr. Nocedal ni el Sr. Esteban Collantes.

Quiere seguir explicando sus ideas sobre este asunto, y los murmullos en la Cámara le obligan a sentarse y retirar la proposición.

El señor presidente anuncia al Sr. Jove y Hevia que puede explicar su interpellación sobre La Internacional.

El Sr. Jove y Hevia empieza asegurando que no va a hablar en nombre de ningún partido, sino en nombre de la sociedad amenazada.

Anuncia que no va a discutir sobre La Internacional, sino a exponer sus doctrinas, y que sabe que allí no hay ningún internacional.

(Agitación en los bancos de la minoría republicana.)

Sigue diciendo que el único diputado internacional, no puede venir al Congreso por habérsele prohibido la asociación.

El orador se refiere al Sr. Lostau.

Pero que si no hay internacionales directos en el Congreso, los hay indirectos, cosa que sucede igualmente con los filibusteros.

Declara que no es pesimista y que apoya todo lo que se aproxime a sus ideas.

Recuerda que La Internacional se dirigió oficialmente al Sr. Ruiz Zorrilla siendo presidente del Gobierno para decirle que ella estaba sobre la ley y venía a destruir el orden social retardando al poder a que le pusiese fuera de la ley.

Lamenta que los muros de la universidad de Valencia escuchan las más audaces y criminales negaciones.

La negación de la familia que tan terrible es para las sociedades.

Lamenta que se eleven al Consejo de ministros a los que son a la vez presidentes de la masonería.

El Sr. Ruiz Zorrilla escucha la cabeza entre las manos.

Dice que la tertulia política roba el tiempo a la familia y que los casinos no son otra cosa que tabernas asadas. (Murmullos y risas.)

Lamenta que ocupándose de política dentro del Congreso, cierta fracción, gaste en gas mil duros, mientras están en mal estado los uniformes de los porteros. (Risas.)

Aboga por los gremios.

Hace la historia de las huelgas en Inglaterra.

Se extiende en demostrar lo perjudicial que es al obrero La Internacional.

Recuerda los sucesos de Francia, y bosqueja lige-

ramente los Congresos celebrados por los internacionales.

Examina los dogmas de La Internacional. Lamenta que hayan desaparecido del Código penal los artículos que imponían penas a los que promovían huelgas.

Reconoce que la desamortización eclesiástica fué un ataque a la propiedad.

El Sr. Jove y Hevia, a pesar de esto, sigue siendo moderado.

Confiesa que la Iglesia ha sido siempre la salvadora del orden social. (Sin duda en pago de esto, los amigos del Sr. Jove han empobrecido a la Iglesia.)

Hace una brillante historia de los institutos creados por la Iglesia y por los reyes en bien de los pobres.

Recuerda los hospitales y hospicios. (El orador se olvida que los asilos han sido vendidos por sus amigos.)

Concluye excitando al Gobierno a que tome sobre tan grave asunto alguna importante determinación.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Señores diputados, el aspecto que ha ofrecido la Cámara durante toda la sesión de hoy, me releva de la necesidad de encarecer la importancia de la cuestión que se debate. Hace tiempo que yo sabía que esta discusión había de venir; pero sintiéndome débil para sostenerla, y mucho más débil en este puesto, me resistía a entrar en ella, porque desconaba, y con razón, de mis pocas fuerzas.

El debate tenía que estar a la altura que se merecía, y yo sabía que esta altura debía ser mucha, porque había visto la manera con que se exacerbaban las pasiones en los distritos agrícolas de mi país; porque había sentido el resultado que en esos distritos producían los emisarios de esa sociedad, que levantaban odio cada vez mayores entre el bracero y el capitalista, entre esos dos seres que no pueden vivir sin estar íntimamente abrazados. Todo esto me daba a conocer la importancia de la cuestión; y prescindiendo de mi insuficiencia, venía dispuesto a tratarla si no había otros diputados que lo hicieran; a falta de mejores campeones que lucharan por la causa de la sociedad en este asunto, yo hubiera olvidado la carencia de condiciones que tengo, y hubiera traído a La Internacional a la barra, y hubiera examinado sus derechos frente a frente al Código de 1869, cuyos principios no tolerará el Gobierno actual que se vulneren ni que se tornen por nada ni por nadie.

En el principio de esta legislatura la interpellación por el Sr. Jove y Hevia, anunciada, me relevó momentáneamente de mi compromiso; pero ¿cuál sería mi dolor al ver que el puesto que se me designaba en este banco me obligaba a terciar en este debate, con más dificultades que nunca? No obstante este sentimiento, como me es forzoso cumplir con mi deber, voy a entrar en el debate, y al hacerlo voy a despojar de todo aparato científico y a mirarle solo como una cuestión de gobierno, como una cuestión de legalidad.

Bajo este concepto, el Gobierno tiene como norma de su conducta, en primer término la Constitución, después las leyes orgánicas; siempre la ley, de la cual no ha de salirse un ápice ni por un lado ni por otro.

Aquí hay una sociedad de cuya legalidad se duda, y que apenas tiene en su apoyo para honra nuestra ninguno de los hombres importantes de nuestro país. El Sr. Jove y Hevia ha hecho la historia de La Internacional desde su primera aparición en el mundo, y no he de repetir lo que S. S. ha dicho mejor que yo pudiera hacerlo; voy a ser solo lo que condeno el debate, y condenarlo en muy pocos argumentos.

¿Cuáles son los principios fundamentales de La Internacional? ¿Caben estos principios dentro de la Constitución? Resolviendo estas preguntas, habremos resuelto la cuestión que hoy nos ocupa y que tanta importancia presenta a los ojos de todos.

Los principios de La Internacional ya los conocéis por un debate importante que tuvo lugar aquí en la pasada legislatura. Yo podré reducirlos a cuatro puntos: primero, negación del Estado, de la patria; segundo, negación del sentimiento religioso; tercero, negación de la familia; cuarto, negación de la propiedad.

Que La Internacional niega la patria, lo dicen bien claro sus manifestaciones oficiales: en el Folleto oficial que se entrega a todos sus adeptos dice: «Destrucción del perjudicial espíritu de nacionalidad, por consiguiente contrario a la unión y a la solidaridad internacional de todos los trabajadores, por lo cual rechazamos toda política basada en la rivalidad de las naciones».

¿Es necesario acaso más para demostrar que La Internacional quiere arrancar del corazón del hombre el sentimiento patriótico?

Pues respecto de la segunda negación, dice el mismo folleto que la tendencia de la asociación es sustituir con la ciencia, la fe, y con la justicia humana, la justicia divina. ¿Y pudiera repetir aquí para corroborar más mi tesis, las palabras dichas y escritas por sus adeptos; pero no quiero hacerlo, porque heriría vuestro sentimiento católico; y como quiero pedirlos a terminar una gran resolución, no quiero que la podáis dictar por pasión, sino con vuestra inteligencia fría y reposada. Pero no puedo menos de recordáros que el único que ha defendido aquí La Internacional nos ha dicho que su corazón estaba seco para todo sentimiento religioso, y que en su cabeza no cabía ni había cabido nunca la idea de Dios. ¿Queréis más pruebas de que La Internacional tiene como una de sus bases cardinales la negación de toda idea religiosa? La tercera negación, la negación de la familia, no es menos fácil de probar.

El Sr. Jove y Hevia ha citado periódicos oficiales de esa asociación, en los cuales se quiere hasta sustituir el nombre de familia por un número; pero hay más: la familia se destruye al destruir los lazos que deben existir entre el padre y el hijo, esos lazos establecidos por la educación y por la herencia. La familia, que ha de constituirse sobre la base del amor, no puede cimentarse sino en los sacrificios que hace el padre por el mejoramiento del bienestar moral y material de su hijo: una sociedad que niega que anula estos sacrificios, acaba por la familia, y estos sacrificios no pueden hacerse cuando la educación se ha de dar en el mismo grado a todos los niños de ambos sexos por cuenta del Estado. ¿Qué otra cosa es esto que la reproducción de aquellas doctrinas antiguas y desacreditadas de Fourier? Si esto pudiera tener lugar, ¿qué quedaría de la familia? Nada, y por consiguiente queda demostrado que La Internacional es enemiga de la familia, como lo es de la religión y de la patria.

En cuanto a la negación del derecho de propiedad, es tan evidente, que apenas es necesario insistir en este punto; para demostrarlo, ese mismo cretismo que se pone en manos de los infelices obreros de nuestro país, pone entre las aspiraciones de

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID 17 DE OCTUBRE DE 1871.

LOS DUEÑOS DE LA SITUACION.

Nada más vulgar estos días entre periódicos y demás vulgo político, que la siguiente frase: los carlistas son dueños de la situación.

La frase, por más que lisonjee nuestro amor propio, no es exacta: los carlistas no somos dueños de la situación, porque la situación existe. Esto es evidente.

Lo que hay es que los carlistas podemos inclinar la situación, quizá obligarla a que se decida por uno ó por otro de los partidos que la componen.

Estas opuestas tendencias están hoy sintetizadas en dos nombres propios: Ruiz Zorrilla y Sagasta. El primero representa el partido revolucionario radical; el segundo, el conservador de la revolución.

Los carlistas pueden con sus votos en las Cortes, sobre todo si no tardan en llegar los senadores y diputados ausentes, pueden el día menos pensado, pero próximo, derribar el actual ministerio, en cuyo caso las carteras vuelven á manos del Sr. Ruiz Zorrilla y compañeros cimbreros, ó sostener al Gabinete Malcampo, protegido por el Sr. Sagasta, y entonces el ministerio, aunque un poco más tarde, caerá también en brazos de su protector.

Con Zorrilla serán poder los cimbreros y mandarán los republicanos; con Zorrilla *La Internacional* tomará carta de naturaleza entre nosotros y tendrá existencia legal, la existencia legal de que carecen la sociedad de San Vicente de Paul y ciertas comunidades religiosas.

Con Sagasta serán ministros los progresistas conservadores y mandarán los fronterizos. *La Internacional* quedará fuera de la ley, y fuera de la ley seguirá trabajando con otro nombre y con ciertas precauciones oratorias.

Con Zorrilla vendrá el motín y con Sagasta también. Con aquel la situación se transforma en republicana, y con este en conservadora.

Por manera que los carlistas no somos, como se nos dice, dueños de la situación, sino dueños de escoger el árbol de la situación en que se nos ha de ahorcar.

Se nos figura que hay alguna diferencia entre una cosa y otra.

Pero como está probado que por muchos carlistas que se ahorque, nunca se les ahorca á todos; como nuestro partido es inextinguible, y por consiguiente inahorrible, resulta que si los carlistas se conservan unidos, disciplinados y fieles, muy fieles á sus principios, la situación actual no será suya, pero es suyo de seguro lo por venir.

Hoy los sagastinos le sonríen, los zorrillistas le adulan, y todos, cimbreros y fronterizos, republicanos y conservadores, quieren tenerlo á su devoción.

Ayer, esto es, en tiempo de las pasadas elecciones, alfonsinos y republicanos le buscaban para formar con él coalición.

Mañana que por un imposible viajesen los alfonsinos, no podrían subsistir sin los carlistas. ¿Gobernaban con nuestros principios? Pues para eso, diría el sentido común, que venga D. Carlos. ¿Gobernaban sin ellos? No tendrían partido monárquico.

De aquí se deduce que si el partido carlista conserva enhiesta su bandera y no la abate ni ante los unos ni ante los otros, será siempre dueño de la situación para impedir que ninguno de sus adversarios gobierne, y lo será por último, en el sentido absoluto y real á que al principio nos hemos referido.

¿Qué debe hacer ante las sonrisas de Sagasta? Organizarse.

¿Qué debe hacer ante las lisonjas de Zorrilla? Organizarse.

Que los acontecimientos, los grandes acontecimientos que se están viendo venir, le cojan organizado y prevenido.

Que si en las próximas elecciones se le manda votar, que vote, y si por el contrario, se le ordena abstenerse, que se retraimiento sea tal que se tenga por desleal al carlista que de su voto á un liberal de cualquier matiz que fuere.

Esta organización y disciplina es la que nos ha de dar el triunfo en todos los terrenos. Sin ellas no somos nadie, ni valemos nada. Con ellas lo podemos todo.

Como partido legal podemos organizarnos públicamente hasta tener representación en la última aldea, donde nuestro representante se comunique con el último aldeano.

Cuando esto se haya conseguido, y se tenga la seguridad de que las órdenes que se transmitan han de ser obedecidas por todos, desde el más alto hasta el más bajo, entonces seremos verdaderos dueños de la situación.

Solo entonces se podrá conocer la inmensa fuerza del partido carlista. Hasta ahora hay muchos de nuestro partido que la sospechan; pero quizás los revolucionarios son los únicos que la conocen.

Por qué se incomodarán los revolucionarios y no llamarán exagerados cuando decimos que no queda ya ninguna institución en pie, y que hasta los tribunales de justicia se han convertido en objeto de las animadversiones, de las intrigas y de los intereses de partido?

No cabe exageración en todo lo que se refiere á pintar el caos de la situación presente. Y buena prueba de ello son los mismos periódicos revolucionarios, que ahora, cuando tienen un ministerio poco favorable, al parecer, á sus intereses radicales, comienzan á pintarlo todo con negros colores, sin que merezcan siquiera su consideración ni aun los tribunales de justicia.

Con motivo de haber aparecido anteayer en la *Gaceta* el nombramiento del Sr. Fernandez Victorio, juez del distrito del Congreso, donde se ins-

trúa la causa sobre el asesinato del general Prim, para magistrado de la Audiencia de Cáceres, los periódicos radicales han levantado una horrible polvareda, cuyos efectos no es fácil, por ahora, prever. De todos modos, nos parece que no han de ser agradables á una elevada persona cuyo nombre anda hárt mezclado en este grave asunto.

El *Imparcial* de ayer, en un artículo titulado *Coincidencias*, notaba que el Sr. Fernandez Victorio no era ascendido, sino trasladado, en atención á que tenía la misma categoría y el mismo sueldo de magistrado en una audiencia de provincia que de juez en un distrito de Madrid: añadía que ese juez estaba instruyendo la causa incoada á consecuencia de la muerte de Prim; que los periódicos montpensieristas habían atacado más ó menos embrolladamente á ese juez por el auto de prisión contra el coronel Solís y el empujamiento del duque de Montpensier; y concluía diciendo que era particular la traslación de ese juez, precisamente cuando teníamos un ministerio influido por montpensieristas impenitentes y ex-montpensieristas ó fronterizos.

La *Igualdad* había ya advertido anteriormente que los republicanos eran perseguidos mientras mandaba un Gobierno conservador y luego tocaba el turno á los conservadores cuando subía un ministerio radical, advertencia que nosotros no podemos apadrinar y que rechazamos porque solo imaginan que eso tuviese carácter de verosimilitud en rojeoría de vergüenza nuestro rostro.

La *Constitución* dijo que el nuevo nombramiento del Sr. Victorio había extrañado mucho, entre otras razones, porque teniendo declarada su inamovilidad ese señor juez no podía ser depuesto ni trasladado sin oír antes al Consejo de Estado.

El *Universal* de anoche hacía algunas de las reflexiones de los mencionados periódicos, y luego añadía:

«Ténganse presentes las relaciones íntimas que median entre la fracción montpensierista del Congreso y algunos ministros, y sin que hagamos ninguna acusación, se verá que semejante decreto es una imprudencia que puede costar cara á reputaciones limpias.»

Téngase presente que dicho juez no puede ser trasladado sino á su instancia ó por expediente, y que ninguna de estas circunstancias concurren en el cambio mencionado.

Ni el señor presidente del Congreso, ni el Consejo de ministros han tenido conocimiento de este hecho, á pesar de que debe darse cuenta en Consejo del movimiento de magistrados, y el juez del Congreso es magistrado de Audiencia. Agréguese que el actual ministro de Gracia y Justicia, Sr. Alonso Colmenares, hoy progresista, ha sido unionista, y como tal ha hecho su carrera, y que el duque de Montpensier piensa regresar á España.

Repátese que á nadie acusamos, que presentamos como aparecen las circunstancias que en este asunto concurren, pero creemos que la opinión liberal tiene derecho á pensar que la traslación del Sr. Fernandez Victorio obedece á una exigencia de los montpensieristas, que por la visto son omnipotentes en esta situación.»

Pero no solo han hablado de este asunto los periódicos, sino que también un diputado, el Sr. Moraita, lo sacó á cuento incidentalmente en la sesión de ayer del Congreso, indicando que en la traslación del Sr. Victorio podían mediar conveniencias de elevadas personas, lo cual dió lugar á que el Sr. Alarcón pidiese la lectura del artículo constitucional en que se trata de la independencia del poder judicial, y recordase que el Sr. Ruiz Zorrilla había acusado desde la presidencia á los republicanos de autores ó cómplices de la muerte de D. Juan Prim, con tanta inoportunidad á juicio del orador, como acousaban ahora los republicanos al duque de Montpensier, contra quien claramente se dirigía el Sr. Moraita.

La *Epoca*, por su parte, decía lo siguiente anoche:

«Según parece, en casa de la señora viuda de Prim ha producido gran emoción el ascenso dado al Sr. Fernandez Victorio: sin embargo, no ha adelantado tanto el negocio después de escribir 12.000 folios, que no haya lugar á apetecer que una persona, entrando con la cabeza despejada en el laberinto de la tal causa sea más feliz que el juez instructor hasta el momento presente.»

Se ha hablado de quejas formuladas, de conatos de deshacer la traslación del juez del Congreso, de dimisión del ministro de Gracia y Justicia; pero nos resistimos á creer que sean ciertas las debilidades de que se habla en el salón de conferencias.

En efecto, anoche se daba por seguro que el juez del Congreso sería reemplazado en su destino, y que el Sr. Alonso Colmenares había presentado la dimisión con este motivo, cosas ambas que desmentía la *Correspondencia* pocas horas después.

Nosotros oímos decir además que este enojoso asunto le había producido una enfermedad al señor Colmenares. Ignoramos el fundamento de esta noticia, pero el hecho es que el ministro de Gracia y Justicia no asistió á las sesiones de los Cuerpos legislativos.

Como para confirmar la no reposición del señor Victorio, *La Correspondencia* daba estas dos noticias:

«Hoy ha cesado en el cargo de juez de primera instancia del distrito del Congreso, D. Servando Fernandez Victorio.»

«Ha sido nombrado juez de primera instancia del distrito del Congreso de esta capital, D. Pantaleón Muntiol y Pereira.»

Después de esta larga y lamentable historia, ¿no creen nuestros lectores, como nosotros, que es un país completamente perdido aquel en que se mezclan en la administración de justicia las odiosas pasiones de los partidos políticos, como si los partidos estuviesen interesados en que la justicia no pase nunca de ser una palabra vana?

Recordando los hombres de buena fe: cuando suceden cosas semejantes á las que acabamos de describir, la sociedad, desamparada de toda institución estable y respetable, no tiene más remedio que disolverse ó buscar su salvación en un recurso extremo.

Los republicanos obtuvieron ayer un triunfo en el Congreso sobre los partidos amadistas, que hicieron profesión de fe á favor de los derechos individuales cuando aquellos sostenían que con tales derechos la monarquía es imposible. Ya en una ocasión había dicho el Sr. Castelar que los derechos individuales son pólvora debajo del trono, y ayer el Sr. Figueras, con ocasión de un incidente promovido por el Sr. Ruiz Zorrilla, repitió en otra forma esta incontestable verdad con aplauso de los fronterizos. Extraño, en verdad, era este aplauso, empleado como arma contra el Sr. Ruiz Zorrilla, pues debieron observar los que aplaudían al orador republicano que, desde el momento en que reconocen los derechos individuales, les coje de lleno la acusación que se desprendía de las palabras del Sr. Figueras, de que el Gabinete anterior contribuía á minar la monarquía.

El Sr. Ruiz Zorrilla rechazaba las acusaciones que los conservadores le han hecho, de haber pactado más ó menos expresamente, con los partida-

rios de la república, y el Sr. Figueras, á su vez, explicaba la causa de la benevolencia que los republicanos han tenido con el ministerio del señor Ruiz Zorrilla. Los republicanos no han pactado con partido alguno monárquico, porque son intrínsecos en la cuestión de forma de gobierno; pero si el Gabinete Ruiz Zorrilla respetaba los derechos individuales y dejaba trabajar en contra de la monarquía á los republicanos, ¿no habían de mostrarse estos benévolo con él?

Esto, en sustancia, decía el Sr. Figueras, y los fronterizos y sagastinos aplaudían alborozados, mirando al Sr. Ruiz Zorrilla, como reo convicto por testimonio de los republicanos, de facilitarles la tarea de fundar la república; pero sus propios aplausos fueron á herirlos de rechazo, cuando el Sr. Figueras les interpelló diciendo: ¿reconoceis, entonces, que los derechos individuales son insustentables é incompatibles con la monarquía? Los que habían aplaudido, no tuvieron valor para decir que sí, y declararon, prorumpiendo en voces de ¡no! ¡no!, que aceptaban los derechos individuales.

Inconsecuencia palmaria é insigne imprevisión que no dejó de aprovechar el orador republicano. Si reconocéis, decía, los derechos individuales, ¿por qué habéis derribado el gabinete de Ruiz Zorrilla? ¿Ha sido por el afán de ser ministros? Los interpellados no supieron qué contestar, porque la argumentación era irrefutable. Aplaudía la declaración de que el Gobierno anterior respetaba los derechos individuales, que mataban la monarquía, y aceptaban esos derechos; luego vosotros también conspiráis á favor del gobierno republicano. ¿No? Pues entonces ningún cargo podéis hacer al ministerio caído por haber merecido la benevolencia de los republicanos, respetando los derechos individuales.

«Creéis, como el Sr. Ruiz Zorrilla, que se puede gobernar con ellos y que la monarquía no peliga? Entonces no podéis censurarle por haber procurado ganarse la benevolencia republicana: luego al hacerle la guerra, no os mueve la defensa del trono erigido por la revolución sino el deseo de alcanzar el poder.»

El Sr. Ruiz Zorrilla protestaba contra las insinuaciones hechas el sábado por el ministro de Gracia y Justicia, cuando habló de gobiernos que pactan con partidos antidemocráticos, y aunque el señor Balaguer declaró que las palabras del señor Alonso Colmenares no se referían al ministerio pasado, el Sr. Zorrilla insistió en afirmar que no se ha unido para nada con los republicanos, y que es ferviente y sincero defensor de la Constitución y de la dinastía. Sin embargo, el Sr. Ruiz Zorrilla no coartó los derechos individuales, y seguirá dando gusto á los republicanos, á pesar de que estos, cuyo testamento es de inmenso valor, dicen que por el camino seguido hasta aquí, se llega á la destrucción de todos los tronos.

Para desgracia de los fundados sobre la movilidad arena del sufragio universal y de la soberanía nacional, los que blasfeman de conservadores y creen un gran delito contra la monarquía toda inteligencia, expresa ó tácita, con los republicanos, reconocen también los principios de la democracia moderna, disolvente de la sociedad.

¿Qué pueden esperar las monarquías con defensores que gobiernan á gusto de sus enemigos?

Ayer en el Senado el general Gándara esplanó una interrelación acerca de los militares que tomaron parte en la manifestación en favor del ministerio Ruiz Zorrilla. Aunque el general se mostró partidario de los derechos individuales y amigo de las manifestaciones, censuró que jefes de cuerpos armados asistieran á ellas, porque el ejército no debe intervenir en los actos de los partidos, toda vez que su misión es servir á la nación y al rey, y de ningún modo á los partidos políticos; pues en otro caso la disciplina desaparece y la fuerza pública se convierte en instrumento de facciones.

El ministro de la Guerra repitió lo que había dicho el sábado en el Congreso; que censuraba la conducta de los militares manifestantes, pero que no sabiendo con certeza quiénes eran, no había podido castigarlos.

Todo Madrid lo sabía.

Todo Madrid, menos él.

Pero no fueron todas censuras para los militares aludidos. El general Alaminos, que si bien dijo no era partidario de que tomasen parte en manifestaciones, estuvieron en su derecho al hacerlo, porque la Constitución ha derogado la real orden que lo prohibía. El general Alaminos quería una ley sobre el particular, que prohibiera hasta las manifestaciones pacíficas, como la que hicieron los directores de las armas dimitiendo cuando se formó el ministerio Ruiz Zorrilla. A esto replicó el general Jovellar que la Ordenanza no ha puesto nunca límite al derecho que tienen los militares á dimitir cuando lo estimen conveniente. El ministro de la Guerra, por otra parte, negó que la Constitución haya derogado la Ordenanza, según la cual los militares no pueden tomar parte en demostraciones políticas.

Terminado el incidente, nuestro amigo el señor Carbonero y Sol interpelló al Gobierno sobre el atropello del subdelegado castrense de Tarragona por el gobernador militar de la plaza; pero no tuvo mejor suerte que el Sr. Gomez en el Congreso. El ministro de la Guerra no está todavía enterado de lo que ha ocurrido; pero sabe que lo ocurrido es escandaloso, y sin embargo no puede resolver nada.

Nos parece que el caso merece que el general Bassols procure enterarse pronto y haga justicia.

Como no temíamos, los sucesos de Melilla son más graves á cada momento que pasa sin tomar una determinación decisiva.

Las cartas de que aquella plaza se reciben anuncian que los moros, habiendo montado nuevamente y en mejores condiciones, su único cañón, molestan de tal modo á la plaza que ya han causado desperfectos notables en muchos edificios atemorizando á la población hasta el punto de que la gente comienza á refugiarse en los sótanos de las casas.

Lo chistoso es, si cabe chiste en lo que debe causar nuestra vergüenza, que la plaza de Melilla tiene 120 piezas, pero son de poco alcance y no responden á las exigencias del servicio. De donde resulta que con un sólo cañón son más fuertes los moros que nosotros con 120.

Pero crean nuestros lectores que el tal cañón es algún prodigio del arte militar prusiano. Pasa vean la historia de ese instrumento que nos recuerda el cañón de *Barba azul*.

«Hace más de siete años que se hallaba enterrado en el campo: es propiedad de la kábita de Frejana que lo ha cedido en estas circunstancias, contra el enemigo común, pero á condición de que cada una de las distintas kábitas de 100 hombres cuando haya de hacerse uso de aquella máquina de guerra, si el cañón se inutilizara ó cayese en poder de nuestros soldados, la kábita de Frejana recibiría como indemnización de mano de los restantes tribus, la suma de 3.000 duros.»

Siete ó ocho moros sirven el cañón, que dispara con intervalos de veinte minutos.

Por consecuencia del tiempo que ha permanecido debajo de tierra, ha experimentado el oído una dilatación tal, que se calcula su diámetro en tres pulgadas.

Para remediar este defecto, colocan los riffeños un tazo de madera en la pieza á los tres referidos, y taladrándolo convenientemente merced á una barrena, consiguen dotarla de un oído que renueva á cada disparo.

Si el proyectil que dirigen contra la plaza cae sobre el sitio que desean, es de ver el entusiasmo con que los moros abrazan y besan el cañón; pero si desgraciadamente para ellos, sucede lo contrario, entonces lo apalean, ni más ni menos que si se tratara de un ser inteligente, capaz de sentir el peso de su torpeza.»

Las correspondencias dan cuenta de un hecho de armas llevado á cabo por la tripulación del *Alerta*. Hé aquí los términos en que un corresponsal describe el hecho:

«Hallándose el vapor *Alerta* fondeado en este puerto, comenzaron á cubrir el valle compactos grupos de moros con ánimos de atacar la plaza.

El bizarro comandante de aquel buque, D. Antonio Terry, dispuso llevar anclas, y poco después el *Alerta*, ventajosamente colocado casi en la playa, preparóse á destruir los planes de las tribus.

Se tocó zafarrancho general de combate y las colas rayadas dispararon gran número de granadas (40 según parece), algunas con el acierto, que precisan atrojadas á mano. El éxito fue completamente satisfactorio: los riffeños, que no esperaban sin duda ser molestados de aquel modo, emprendieron la fuga hacia sus guaridas, abandonando por el momento sus belicosas tentativas.

Por desgracia para nosotros, el levanto, que tan peligrosos es en estas costas, empezó á soplar hasta el punto de decidir al *Alerta* á tomar puerto en Chafarinas; si bien luego que hubo calado el viento regresó á su primitivo anclaje de Melilla.

Nuevas tribus de moros coronaban las colinas y corrían y giraban en el valle frente á la ciudad. Su vista produjo en nuestros valientes marinos el noble deseo de medir sus armas con los enemigos de España. El digno comandante dispuso el desembarco que aguardaban impacientes los oficiales y los marinos, y ya soñaban aquellos hombres generosos con la gloria de defender una vez más los derechos y la integridad de la patria, cuando los moros, cuyo manera de combatir es la negación de toda táctica militar, burlaron sus aspiraciones, huyendo á través de los campos.»

Todos convienen en que la aglomeración de tropas es ya excesiva y que por muchos motivos se necesita hacer una salida que escarmiente á los agresores, ya que las tropas del emperador presencian tranquilamente el espectáculo.

Se dice que para la salida son necesarios diez ó doce mil hombres, por donde se puede calcular que no es juego de niños lo que pasa en Melilla.

Tenemos derecho á esperar que el Gobierno, distraído un poco su atención de las miserias políticas, hará un esfuerzo para acabar de una vez con esos pertinaces enemigos cuya audacia está en perfecta relación con el abandono en que los ministerios liberales tienen los intereses de la patria.

Se han recibido los siguientes partes oficiales sobre los asuntos de Melilla:

«TÁNGER, 15.—El ministro de España en Marruecos al señor ministro de Estado.

El plenipotenciario del sultán me ha dirigido hoy la siguiente nota:

«Nos hemos enterado de cuanto nos comunicais ayer con motivo del telegrama que recibísteis del señor ministro de Estado y estimamos de lo que nos manifestais respecto de Melilla. Sabed, oh amigo, que el ejército llegará al Rif pronto, para sofocar pronto la rebelión y que castigará á los rebeldes pronto porque nuestro soberano, á quien Alá fortalezca, está resuelto á cumplir todo lo que ha prometido. Esto os lo declaramos en nombre de nuestro soberano, á quien Alá auxilie, y os rogamos lo transmitáis al Gobierno español, á quien profesamos amistad.»

—MÁLAGA, 16 de Octubre.—El gobernador militar de Melilla al ministro de la Guerra:

Cañón de los moros retirado con algunas fuerzas enemigas. Su fuego escaso desde el amanecer de hoy. Siguen sus trabajos de strichermiento.

La guarnición cada día en mejor sentido, así como el vecindario.

Son las siete de la tarde y fondea el vapor San Antonio con el resto de Cañabiera. Melilla, 14 de Octubre de 1871.»

Como suponemos que el amigo de nuestro ministro en Marruecos no cumplirá las palabras que da, repetimos que el Gobierno debe tomar cuanto antes una resolución enérgica que ponga fin al desprecioso papel que está representando nuestra bandera en África.

De Tetuan dicen á un periódico unionista que, según parece, los 300 soldados que el sultán envió al Rif para contener á las kábitas sublevadas han sido atacados por la da Guelaja, teniendo que retirarse á Ben-Said.

Los moros de Guelaja se fortifican frente á Melilla y envían sus chérifas á las tribus vecinas pidiéndoles auxilios, y juran que no nos cederán ni un palmo de terreno ni nos permitirán hacer obras sobre el río Oro, aunque el sultán en persona vaya á batirlos.

Se teme que las tribus vecinas respondan á la excitación de los feroces moros de Guelaja y hagan más grave el movimiento de hostilidad contra nosotros y de rebelión contra el emperador.

No puede negarse que el partido radical, cuyo manifiesto inseríamos en el lugar correspondiente, tiene por lo menos inteligencias más lógicas y escritas más esperos que la endeble fracción sagastina, condenada por su falta de valor para echarse en brazos de los fronterizos, á ser un alma errante en busca de un cuerpo.

El manifiesto de los radicales, aunque no es una obra maestra de estilo, vale más, mucho más literariamente considerada que el manifiesto de los sagastinos. Y lo mismo decimos considerando el documento como una obra política desde el punto de vista de la revolución de Setiembre y de la democracia nacida de los clubs y de la general licencia en que vivimos.

Sabido es que el radicalismo tiene siempre razón contra los partidos medios, y que en este concepto, así como los republicanos y los internacionalistas pueden demostrar á los radicales que se quedan á mitad de camino de la lógica, así los radicales han podido demostrar que los sagastinos no entienden lo que significa la democracia y la Constitución del Estado en que se consiguen los derechos individuales.

Las armas que esgrimirán con esperanza de éxito los amigos del Sr. Sagasta, esto es, la adhesión completa á la monarquía y á la dinastía, y la guerra al filibusterismo y a *La Internacional* han sido esgrimidas también por los radicales bastante hábilmente y si no con más sinceridad, porque en esto la misma confianza nos inspiran unos que otros, al menos con más lógica y más constitucionalmente.

la asociación, las siguientes: «Transformación del odioso privilegio de heredar en derecho general, á fin de que en el porvenir sea el goce proporcional á la producción de cada uno.»

«Transformación de la propiedad individual de la tierra, de los instrumentos del trabajo, de las máquinas, herramientas, etc., como todo otro capital, en propiedad colectiva de la sociedad entera, á fin de que no puedan ser monopolizados, no pudiendo ser utilizados en el porvenir más que por los trabajadores que los han de hacer directamente producir; es decir, por las asociaciones agrícolas é industriales, según lo acordado en los Congresos de obreros internacionales de Bruselas y Basilea.»

Despojar, señores, á la propiedad de su carácter individual, y decirme que queda de lo que nosotros entendemos por propiedad. Si uno solo ha de ser propietario de todo, ¿qué es el derecho de propiedad? Es claro, pues, que la propiedad es otra de las negociaciones de esa asociación.

Resulta de lo dicho que *La Internacional* asienta sus doctrinas sobre las negociaciones de nuestros indisputables derechos. Y es notable, señores, que los internacionalistas que hacen esta negación de los derechos, se tengan por los más liberales, cuando no hay nada más antiliberal que sus doctrinas. No conozco nada más opuesto á la libertad que *La Internacional*, y sin embargo, los que queremos oponernos á ella somos tachados de poco ó de tibio liberalismo; nosotros que la combatimos por antiliberal, pasamos por poco liberales ante las muchedumbres á quienes seduce, y á las cuales tratamos de sacar del abismo á donde esas doctrinas las llevan.

Conviéneme, señores, hacer que esto conste bien claro, porque se ha supuesto que la actitud enérgica que iba á tomar el Gobierno frente de esa sociedad, era poco liberal; siendo así que lo que el Gobierno quiere es salvar de ese enemigo de la libertad y del derecho á la sociedad, que se ve amenazada por él. Mi amor á la libertad, que ha hecho conmigo, no es platónico; por eso tengo que convertirlo en hechos, y así lo haré, en defensa, no de una ó de otra clase social determinada, sino en pro de la libertad y del derecho.

Mis armas voy á buscarlas en un arsenal que no rehúisais vosotros: en la Constitución de 1869. En esta se declaran y se definen los derechos individuales, pero no se hace esta declaración sin señalar límites de ningún género: al contrario, el art. 17 dice que no podrá privarse á ningún español del derecho de asociarse para todos los fines de la vida humana que no sean contrarios á la moral pública.»

Ya tenemos, pues, aquí el derecho limitado por la moral pública; pero hay más: el art. 19 dice que pueden disolverse por una ley las asociaciones que puedan comprometer la seguridad del Estado. Pues bien: el Gobierno de S. M., que ha contraído el compromiso solemnemente á la faz de Dios, de la nación y de su conciencia, de no consentir que se mermen ni un ápice los derechos individuales, llama á discusión á *La Internacional* y le dice: «¿cábes dentro de la legalidad? vive pues; pero si no cábes dentro de ella, no puedes tener existencia, al menos existencia legal.»

Y ahora bien, señores, ¿no ha traspasado *La Internacional* los límites de la moral? ¿A qué queda reducida la moral humana si se quiere que el hombre prescinda de todo deber para un Ser superior, para sus semejantes y para su patria? ¿Son acaso la única cosa que puede caber dentro de la palabra moral, las que se llaman ordinariamente buenas costumbres?

Y no es ese límite solo el que traspasa *La Internacional*. ¿Cabe duda de que ataca la seguridad del Estado quien comienza por negar la existencia del Estado mismo? ¿Puede ser compatible con el Estado una sociedad que niega la idea de patria, esa magnífica idea que ha creado casi todos los héroes que registra la historia? Se ha dicho en aquellos bancos que las ideas no son penales, y si solo los hechos. Esto es un error: tratándose de sociedades, no es necesario para la delincuencia ni siquiera la constitución de la sociedad: para que haya delincuencia basta que no sea moral el objeto para que la sociedad ha de constituirse.

Hay un artículo en el Código penal referente á sociedades ilícitas, que, después de definir las, marca la penalidad, no solo para los que constituyen la sociedad, sino para aquellos que tratan de constituir, aunque no lo hayan realizado. Véase, pues, cómo se puede castigar algo que no son actos; porque la ley reconoce que asociados para fines contrarios á la ley, desde el momento en que eso se procura, ya empiezan á producirse males para la sociedad. No es, no, preciso que la *Internacional* ejerza actos para causarnos males: desde que la tendencia de la asociación pasó la frontera, ya estamos lamentando en España males producidos por causa suya.

Más de 300 emisarios extranjeros de *La Internacional* han venido aquí en poco tiempo á seducir á nuestros infelices obreros, excitando en su corazón una concupiscencia que no podrá satisfacerse nunca, y esos emisarios viajan con un sibilismo refinado, gastando prodigiosamente el pobre óbolo que arrancan de la mano del infeliz obrero, y fomentando así el dualismo, el antagonismo de clases, que no pueden traer sino resultados funestos para la sociedad entera. Es preciso, pues, que el Gobierno se oponga á los progresos de esa sociedad; no podemos sin insensatez cruzarnos de brazos ante ella, y esperar á que vengán los males que ha de producirnos; y mucho más insensatos serían los que eso hicieran, teniendo que cumplir una ley que les obliga á evitarlos. Créanme los señores diputados: si esa sociedad es contraria á la moral y á la seguridad del Estado, no cabe dentro de la ley.

Y ya sé yo que se nos acusará mañana diciendo que falseamos ó bastardamos los derechos individuales; pero entonces el país nos juzgará á nosotros y á los que nos acusan, y pensará si solo puede fallarse también á ella suponiendo que dice lo que no se ha querido nunca que diga.

Abroquelados nosotros en ese Código santo, defendáremos nuestra conducta, y no consentiremos jamás que una ley hecha con las ideas más ardientemente individualistas, se arroje á los pies del socialismo más brutal que registra la historia de la filosofía.

Me encuentro fatigado y voy á concluir, porque ya he declarado lo que tenía más interés en declarar: que el Gobierno, inspirándose en el espíritu y en la letra de la Constitución, que lo mismo puede barrerla queriendo mermar los derechos que consigna, que extendiendo sus prescripciones más allá de donde sus autores quisieron que fueran, considera que *La Internacional* está fuera de la Constitución y dentro del Código penal, lo cual, ya estoy seguro, contribuirá á probar y han probado ya desde los bancos próximos á este, eminentes oradores que hoy se encuentran, con mucho dolor nuestro, frente á frente del Gobierno de S. M.

El señor PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

Orden del día para mañana: Continuación del debate pendiente, y los demás asuntos señalados para hoy.

Se levanta la sesión.

Eran las siete.

El diario oficial publica un decreto del ministerio de Gracia y Justicia concediendo á José Martínez y Dolores Abendaño indulto de la pena de muerte á que han sido condenados por la Audiencia de la Coruña, en causa sobre asesinato con motivo de robo.

Se ha dispuesto por el ministerio de Ultramar que los empleados del orden judicial y fiscal que desempeñan sus destinos con el carácter de interinos ó en sustitución en las islas Filipinas, sean retribuidos de la misma manera que lo son los empleados administrativos en igualdad de circunstancias, aplicándose esta resolución á las demás provincias de Ultramar.

Los sagastinos hablaban de la monarquía con un amor incondicional y en cierto modo absoluto, aunque reconociendo que era hija de la soberanía nacional. Los radicales fijan el carácter de su monarquía y de la dinastía que la representa, insistiendo en que esa monarquía es democrática, creada por el derecho del pueblo, consagrada por el sufragio del pueblo y apoyada en el amor del pueblo y es producto legítimo de la soberanía nacional.

Es decir, que los radicales están adheridos a esa monarquía en cuanto es el resultado del derecho del pueblo; de modo que el derecho del pueblo está siempre sobre toda monarquía, como autoridad suprema, como fuente de todos los derechos políticos. No puede ser, por lo tanto, incondicional el amor de los radicales a la monarquía. Mas fieles a la doctrina democrática que los sagastinos, están resueltos a dar en tierra con la monarquía no bien se atreve a violar el derecho soberano del pueblo. A los electores de D. Amadeo de Saboya no puede ni debe exigírseles en realidad otro linaje de adhesión a la monarquía por ellos levantada ni a la dinastía elegida por ellos.

En cuanto a *La Internacional*, los radicales se limitan a decir que debe emplearse toda la severidad que aconseja la prudencia gubernamental, dentro de la Constitución, contra los individuos y las asociaciones que intentan lo que se oponga a la moral, al orden público y a la seguridad del Estado.

De modo que para los radicales la cuestión de *La Internacional* no tiene importancia extraordinaria; es una cuestión como otra cualquiera, que debe resolverse con los preceptos constitucionales. También esto, por cruel que nos parezca para nuestra patria infeliz, es perfectamente democrático y conforme con el espíritu de las leyes revolucionarias y el carácter de los derechos personales ilegales.

Pero hay una cosa que al partido democrático interesa resolver de una manera más franca y decidida, porque el patriotismo había marcado a la fracción cimbria con un sello bochornoso. Nos referimos al filibusterismo. Pues en este asunto los radicales declaran que quieren extinguir la rebelión de Cuba y asegurar a toda costa la integridad nacional, sin hacer concesiones ni transacciones; pero proponiéndose introducir en aquella isla, como en Puerto-Rico, las reformas que la Constitución de 1869 ha ofrecido a nuestros hermanos de Ultramar.

Demasiado sabemos que esas reformas significan la pérdida segura en un plazo más o menos largo de nuestras provincias ultramarinas; pero también aquí debemos confesar que los demócratas son perfectamente lógicos. Si los derechos individuales son innatos a la personalidad, ¿por qué hemos de disfrutar de ellos los peninsulares y no han de gozarnos los isleños?

Notemos, por lo que pueda convenir a los españoles de Cuba y Puerto-Rico, que el manifiesto radical está firmado por todos los diputados puertorriqueños y peninsulares a quienes se atribuye ideas separatistas. Este dato debe tenerse en cuenta para juzgar de las palabras de los manifestantes.

En resumen: el documento de los radicales nos parece más lógico, más franco y más hábil que el de los sagastinos; pero ambos son, con corta diferencia, igualmente funestos para la fe, para la patria, para la monarquía y para nuestras posesiones de Ultramar.

Cumplimiento a las visitas de media hora que hizo el domingo Ruiz Zorrilla a D. Amadeo y de hora y media a doña María Victoria, llama *La Epoca* el discurso que el jefe nominal del partido democrático pronunció ayer tarde en el Congreso.

El Sr. Ruiz Zorrilla, en efecto, hizo verdadero alarde de amadísimo, negó a los republicanos y se defendió del cargo de haber repuesto a varios ayuntamientos y armado al pueblo alegando que los ayuntamientos repuestos fueron cinco, la mayor parte monárquicos, y los fusiles repartidos dos mil y tantos. Ruiz Zorrilla añadió, si no entendimos mal, que las repeticiones y los armamentos estaban acordados por su antecesor el Sr. Sagasta.

Los republicanos no se dieron por ofendidos de estas monárquicas manifestaciones del Sr. Zorrilla: sus motivos tendrán para ello.

A *El Debate* no satisface el manifiesto de los sagastinos. En su número de anoche se hace cargo ligeramente de este documento y de la cruda guerra que le hacen los demócratas, y acaba su corto párrafo diciendo:

«Mis nobles en unos y más valor en los otros es lo que demanda el interés de las instituciones y la definitiva suerte de los partidos constitucionales.»

Lucidos quedan de esta Sagasta y su gente.

Según cuenta un periódico francés, los internacionalistas, que han logrado el triunfo de algunos de sus candidatos en las elecciones de los consejos generales de Francia, se las prometen también muy felices en España, donde van a luchar resueltamente en las próximas elecciones municipales. En vista de lo cual pide *La Epoca* que para elegir ayuntamientos se coliguen todos los que tienen que perder o conservar, y se opongan de común acuerdo a las pretensiones de los que no representan ningún interés social.

Vanos empeños! El hombre no tiene solo que perder bienes materiales, sino morales, y estos hacen tiempo que se ven despreciados o poco menos hasta por los amigos de *La Epoca*. Figúrese, pues, este periódico que amalgama cabe entre sus clases conservadoras y las nuestras.

La falta de espacio nos impidió ayer dar a conocer a nuestros lectores los términos en que *La Epoca* confirmaba las revelaciones hechas a su director por el Sr. Ruiz Zorrilla y de que hablaba el sábado *El Debate*.

Há aquí las frases testuales del diario alfonso: «El Sr. Ruiz Zorrilla fué quien, después de manifestar que *La Epoca* había procurado ensanchar las distancias entre los elementos progresistas en lucha, dijo que nos equivocábamos si creímos que eso había de favorecer nuestras aspiraciones, porque contra ellas tenía un remedio, *La Internacional*, y una añadió algo más que no repetiremos. «Era esto una hipérbole en el carácter arrebatado del jefe activo del partido progresista-democrático? Es posible, porque no podemos suponer que este llamado remedio esté a disposición del Sr. Ruiz Zorrilla. Sus palabras, sin embargo, no dejaron de impresionar al director de *La Epoca*, «sombreado de que, aun confidencialmente, pudieran decirse.»

Haria fortuna y muchísimo bien al país un periódico escusadamente dedicado a dar cuenta de todo cuanto se dice en los pasillos y salón de conferencias del Congreso. El desahogo del Sr. Ruiz Zorrilla con el director de *La Epoca* parecería entonces una cosa insignificante. Tan al desnudo se presenta en aquellos lugares la política de nuestros partidos liberales.

El Eco de España denuncia un nuevo insulto hecho al sentimiento católico del país por los que siempre tienen en la boca el respeto a todas las creencias. Había en la huerta del convento de San Francisco de esta corte una capilla, que fué en su origen habitación de aquel gran santo. Los fieles acostumbraban a visitar esta capilla el 4 de Octubre, día en que la Iglesia celebra la fiesta de San Francisco. Este año como los anteriores concurren los devotos a la huerta del convento, pero con gran sorpresa notaron que la capilla no existía por haber sido demolida.

Según el periódico moderado, la demolición ha sido ordenada por un señor que hoy se dice dueño de la expresada huerta, aunque esta siempre se ha considerado como perteneciente al convento, y de consiguiente a la comisaría de los Santos Lugares. *El Eco de España*, en vista de todo, pregunta a los diarios ministeriales «en virtud de qué títulos posee hoy la huerta, se apoderó de la capilla, ordenó su derribo, se aprovechó de sus materiales e intenta también apoderarse del patio ó corralón anejo a la capilla y al llamado Panteón nacional, el señor que actualmente se dice dueño de la expresada huerta.»

Allá veremos lo que se dignan contestar los periódicos situacioneros.

Nada diremos hoy acerca de la interpelación del Sr. Jove y Hevia sobre *La Internacional*; nada, sino consignar que el Sr. Candau ha confirmado todos los asertos de *El Pensamiento* acerca de aquella sociedad, asegurando, en virtud de datos oficiales, que *La Internacional* en España, como en todas partes, tiene por objeto destruir el sentimiento de patriotismo, el sentimiento religioso, la familia y la propiedad.

En consecuencia, el Gobierno la declaró fuera de la ley.

Hoy continúa la discusión, en que tomarán parte los Sres. Nocedal (D. Ramón), Nocedal (don Cándido) y Castelar.

El Eco de España confirma en los términos siguientes la noticia que hace días circulaba de haber sido abandonado por todos sus redactores:

«Circunstancias ajenas a la política y que solo obedecen a la nueva organización que en la parte material ha recibido *El Eco de España*, han decidido marginar a que, con gran sentimiento nuestro, se hayan separado de la asociación la redacción y parte de la administración del periódico.»

Buena fama va adquiriendo *El Imparcial* aun entre sus propios amigos. Dice el *Diario de Zaragoza*:

«*El Imparcial*, de Madrid, que es el periódico cuyo título se halla menos justificado, y, además, el que tiene entre todos menos escrúpulos en hacer afirmaciones y dar noticias, dijo hace dos días que el casino liberal monárquico había felicitado, siguiendo el ejemplo de la Tertulia progresista de Madrid, al Sr. Ruiz Zorrilla.

Pues bien: en todo esto no hay palabra de verdad; y perdónese, aunque no tenemos grande interés en ello, la dureza de la frase; que bien la merece el ningún reparo de *El Imparcial* en seguir su tradicional costumbre de desfigurar la exactitud histórica de los hechos políticos.»

«Acaso pensaba *El Imparcial* que era lo mismo hablar de progresistas que de Curas y carlistas? Vaya reconociendo el fruto de su tradicional costumbre de desfigurar la exactitud histórica de los hechos políticos.»

Mucho hablan las historias de la retirada de los parthos. Pero el gobernador de Málaga ha conseguido eclipsarla. Este se ha retirado de su empleo a la vista del nuevo ministerio, pero entre sí se admitía o no la dimisión ha repuesto al ayuntamiento republicano de Ronda destituyendo el nombrado por Sagasta.

«Ahí queda eso,» ha podido exclamar muy satisfecho el Sr. Barel y Criado al dejar el mando de su insula barataria.

El general Milans del Bosch, encargado interinamente de la capitania general de Castilla la Nueva, ha indicado al Gobierno que tiene bastante con la dirección de caballería.

Vuelve, pues, la capitania general de Castilla la Nueva a quedar en orfandad lamentable.

Leemos en *La Correspondencia*:

«Se habla de una conferencia celebrada hoy por los Sres. Sagasta y Ruiz Zorrilla y se deduce de ella una nueva tendencia a la reconciliación.»

Nosotros hemos oído hablar de esa conferencia en términos bien distintos de los de *La Correspondencia*. Ni una sola palabra de política general se dirigieron ambos interlocutores que solo trajeron, según parece, de la separación del juez del Congreso, Sr. Fernandez Victorio.

A juzgar por los hechos, no creemos que la conferencia diese los resultados que apetecía uno de los interesados.

Los periódicos radicales de la mañana dan como segura la reposición del juez del Congreso, lo cual implicaría la salida del ministerio del señor Alonso Colmenares. Las *Novedades* no se contentan con calificar de ilegal el nombramiento del señor Fernandez Victorio de magistrado de Cáceres, sino que habla también de impedimentos morales para la reposición del juez del Congreso. Fundase el antiguo diario montpensierista en que el Sr. Fernandez fué recusado por uno de los presuntos reos y la Audiencia no ha resuelto todavía acerca de este incidente.

El Eco de España, por el contrario, da por completo la razón al ministro y dice que este hace perfectamente en resistir noblemente y en no querer echar un borron sobre su firma. El mismo periódico opina que si la crisis sobreviene por este asunto, deben salir todos los ministros, excepto el Sr. Alonso Colmenares, porque si este se retira y lo consenten sus compañeros «son unos ministros de cartón y de papel de estraza.»

El Puente de Alcolea escribe un artículo cuyo epígrafe, tomado del *Quijote*, es como sigue:

«No rebuznarán en balde
El uno y el otro alceide.»

Después de lo cual dice lo siguiente:

«Perdonen nuestros lectores si no ponemos otro epígrafe a este artículo que escribimos bajo la impresión que nos ha causado la sesión celebrada por la Cámara popular de las Cortes españolas.»

El Sr. Alarcón, Ruiz Zorrilla, Figueras, Jove y Hevia y Candau; hé aquí los héroes, propiamente dichos, que figuran en el drama representado en el Congreso en la sesión de ayer.

Nadie diría, al leer estas líneas, que *El Puente de Alcolea* iba a elogiar a los Sres. Jove y Hevia y Candau.

«Qué hará *El Puente* cuando quiera censurar,

si sus elogios son de la especie que acaban de ver nuestros lectores?»

Anoche se reunió la Tertulia de la calle de Carretas para oír de labios del Sr. Ruiz Zorrilla el programa de los radicales. En la relación de esta festividad democrática, que hacen esta mañana los periódicos del partido, nos han llamado la atención las siguientes líneas:

«Trascurrieron algunas horas, y próximamente a las once, el Sr. Ruiz Zorrilla, seguido de algunos señores y diputados, apareció en el salón entre las aclamaciones de los numerosos grupos que le abrieron paso.»

Cualquiera creería que se trataba de un rey democrático que se presentaba a las Cortes a leer el discurso del trono.

Desgraciado el Sr. Ruiz Zorrilla si cree en estas adulaciones, y no se prepara desde ahora a la estrepiosa caída que le espera.

La *Gaceta* de hoy publica los decretos del ministro de la Gobernación admitiendo las anunciadas disminuciones de los oficiales: de la clase de primeros del mismo, D. Gregorio Alcalá Zamora; de la de segundos, D. Ramón Oñes y D. José Gabriel Balazar, y de la clase de terceros, D. Manuel Zapatero y Aibar.

Nuestro querido amigo y antiguo compañero de redacción, D. Luis Echeverría, diputado a Cortes por el distrito de Aiz, en Navarra, dedicado exclusivamente a las tareas del foro y del Parlamento hace algún tiempo, ha trasladado su bufete de abogado al Pósito de San Martín, números 11 y 13, cuarto segundo de la izquierda.

Con fecha 12 del corriente escriben de Ayguafreda a *La Imprenta* de Barcelona que en la noche del 8 se armó en aquella población un alboroto seguido de disparos de revólver o escopeta, en el que tomaron parte varios trabajadores de la línea férrea de San Juan de las Abadesas. De la contienda parece que resultó algún herido, sin que el alcalde ni otra autoridad tomaran providencia alguna. El mismo sereno, añade la carta, ante aquella alarma, apagó el farol y puso pies en polvorosa.

Este es ya el estado salvaje.

Según vemos en *El Imparcial*, el diputado republicano Sr. Jorazitz, que hace tiempo se hallaba enfermo, falleció ayer a la una de la madrugada.

Dios le haya perdonado.

Han llegado a Ceuta cinco oficiales y 72 individuos de tropa, empujados en aquella plaza el transporte de cazadores de Albuera con dirección a Algeciras.

Si hemos de creer al *Imparcial*, el Sr. Ferrer del Rio, director de Instrucción pública, y los Sres. Picatoste, Uña y Balmes, han reiterado ayer sus dimisiones de palabra y por escrito.

Dice un periódico que el Sr. Montero Ríos tomará parte en los debates sobre *La Internacional*, provocados por la interpelación del Sr. Jove y Hevia.

Escriben de Barcelona que el día 14 fueron puestos en libertad, con motivo de la amnistía, 17 presos políticos que estaban sujetos al procedimiento que se seguía con motivo de la San Felio de Codinas.

En la reunión del sábado aprobó la comisión parlamentaria del Congreso el interrogatorio relativo a las clases obreras de fábricas que, según dice un periódico, se publicará en breve, el cual añade que el sábado próximo quedará aprobado el relativo a trabajadores de minas, agrícolas y menestrales.

Parece que ayer llegó a Madrid el capitán general de Aragón, D. Manuel Laserna, si hemos de creer a *La Correspondencia*, para asuntos del servicio.

CORREO DE HOY.

El *Diario oficial* de Francia da cuenta de que el 12 de Octubre fueron firmados en Berlín tres tratados: uno territorial, para algunas rectificaciones de fronteras; otro financiero, para la evacuación de los seis departamentos del Este, y otro aduanero, relativo al régimen de aduanas de Alsacia-Lorena.

El tratado territorial tiene que ser ratificado por el Parlamento alemán y la Asamblea francesa; el convenio financiero necesita solamente la ratificación de Prusia; y la evacuación de los seis departamentos empezará al instante, debiendo quedar terminada en un plazo de quince días.

El Gobierno alemán ha declarado que no necesitaba ya las firmas de casas de banca que antes exigía, y que le bastaban la del presidente de la república francesa y la del ministro de Hacienda. No habrá, pues, para esta parte de la indemnización de guerra nueva emisión de papel sobre el extranjero.

En cuanto al tratado aduanero, se ha mantenido casi en su totalidad lo anteriormente acordado; pero la duración de las franquicias excepcionales concedidas a Alsacia-Lorena, han sido reducidas de año y medio a un año, desde el 1.º de Enero al 31 de Diciembre de 1872.

Tal es el convenio, según el cual se reducen a seis los departamentos ocupados, que eran 40 hace ocho meses.

Se trata de erigir en Francia un monumento a la memoria de los zavaos pontificios muertos gloriosamente por su patria en Logny, cerca de Patis, el 2 de Diciembre de 1870. La iniciativa de este proyecto la tuvo el padre de uno de estos valientes, que visitando el cementerio de Logny y viendo destruida por las bombas prusianas la Iglesia del pueblo, concibió la idea de unir en un mismo proyecto la reconstrucción de este templo y el monumento conmemorativo de los zavaos.

El general Charrette y el general Louis, que pelearon como buenos en aquella sangrienta jornada, han acogido con entusiasmo la idea, y ya se ha formado un comité para llevar adelante el proyecto.

Los liberales suizos se preparan a perseguir a los católicos, destruyendo los últimos restos de la libertad cantonal. Ha aquí lo que dice una correspondencia de Berna dirigida al excelente periódico de Friburgo *La Liberté*.

«Decididamente, el proyecto de revisión de la Constitución federal va a sumergir de un solo golpe los últimos restos de nuestra soberanía cantonal, que flotan ya con gran trabajo sobre las aguas revolucionarias. No es bastante quitar a los cantones, no digo el derecho de paz y de guerra, sino su voto en las cuestiones militares, religiosas, legislativas, matrimoniales. El apetito crece. El *Bund* está hambriento de libertad, y devorará todas las libertades de cada cantón.

Ayer era el derecho de reunión para orar el que inspiraba recelos; hoy son las legislaciones cantonales sobre el matrimonio, etc.; mañana será la libertad de enseñanza.

Todos estos esfuerzos tienden a separar de Roma a los católicos suizos, a provocar unisma para fundar una Iglesia nacional. Este es el fin que se proponen los católicos viejos de Soleure.

El *Bund*, con su dignidad de periódico semi-oficial, propone la cuestión de la fundación de escuelas suizas—léase nacionales.—El Padre Girard, nos dice el *Bund*, fué el primero que tuvo este fecundo pensamiento, y trabajó para llevarle a cabo bajo la dirección de Stapfer, cuando este era ministro de Cultos y de Instrucción pública. Se va, pues, a poner por obra este grande y fecundo pensamiento liberal, para quitar a los cantones la libertad de enseñanza, ya muy mermada.

La triste situación de las escuelas de instrucción primaria en el cantón de Friburgo es, según dice el *Bund*, lo que apresurará la fundación de escuelas nacionales. Será convocada una reunión de maestros en Zurich, para tratar de este asunto; el *Bund* se encargará de que llegue a formar parte del proyecto de revisión federal.

En presencia de este trabajo audaz y perseverante ¿no deberían unirse, de un extremo a otro de Suiza, todos los partidarios de la soberanía cantonal, para oponerse al torrente revolucionario que amenaza arrebatarlo todo: Dios y la libertad?»

En el distrito de Gladbach (Prusia) acaba de salir triunfante un candidato católico por 5,100 votos contra 2,700 que ha tenido el candidato liberal, y 636 obtenidos por un demócrata socialista.

Un despacho recibido de New-York, expedido el día 12 por la tarde, participa un nuevo desastre ocurrido en los Estados Unidos.

Un gran incendio ha estallado en Manisell (estado de Michigan). La ciudad entera, 200 casas de campo y 6 molinos, han sido reducidos a ceniza.

Las pérdidas han sido valuadas en un millón doscientos cincuenta mil dólares.

En el Estado de Wisconsin han estallado también varios incendios. Cuatro pueblos situados en la ribera del Green-Vay han desaparecido por completo pereciendo entre las llamas un gran número de personas, entre ellas ciento cincuenta que se habían refugiado en una granja. Muchas otras tuvieron que arrojar al río.

Las víctimas se calcula han sido 500.

Telegramas de New-York del 10 del corriente, anuncian una nueva sublevación en Méjico.

Faltan detalles, mas se asegura que después de diez horas de combate, el orden fué restablecido. Las víctimas, según se dice, ascienden a 200.

ULTIMA HORA.

CONGRESO.

A las dos y media entra en el salón el Sr. Sagasta, y abre la sesión un cuarto de hora después.

La concurrencia es grande en las tribunas, sobre todo en las de señoras.

Algunos sospechan que vaya a hablar el Sr. Castelar.

Leída el acta, el señor ministro de Gracia y Justicia se levanta para dar explicaciones sobre la separación del juez de la causa del general Prim.

Dice que esta causa estaba paralizada y en su afán de que se hiciera la luz, nombró al juez de Pamplona, del cual hace grandes elogios.

(Este juez se ha distinguido por perseguir a los carlistas; es su único mérito).

El Sr. Figueras se felicita de que el Gobierno dé explicaciones sobre la separación de los funcionarios. Lamenta los atropellos cometidos con motivo de esta causa.

El ministro de Gracia y Justicia dice que él no era entonces ministro, que ese cargo no cae sobre su cabeza.

El Sr. Ródenas pregunta si el Gobierno ha tenido igual solicitud en las causas de otros ciudadanos asesinados.

(El nombre de Azcárraga acude a nuestra memoria.)

Los Sres. Ulloa y Servando Ruiz Gomez preguntan al ministro si aludía a los Gabinetes de que habían formado parte.

El ministro dice que no.

El Sr. Poveda anuncia una interpelación. Se entra en la orden del día.

El Sr. Garrido toma parte en la interpelación del Sr. Jove y Hevia.

Empieza haciendo un elogio de las clases obreras. Se lanza por el campo de la historia, y juzga a su manera los tiempos primitivos del Cristianismo.

Nos parece estar leyendo una novela de Aiguales de Izo.

Hable de los frailes, y dice que se apoderaron de los bienes de la tierra prometiendo los bienes del cielo.

Continúa lamentando que hagan tantas declaraciones los que han robado a los frailes y se han repartido sus bienes después de asesinarlos.

(En el salón de conferencias del Congreso hay un busto de Mendizábal.)

Examina la historia del cristianismo y pronuncia algunas blasfemias sobre Jesucristo.

Nosotros no podemos ni aun recordarlos. Los Sacerdotes de la minoría carlista salen del salón.

El señor Obispo de la Habana entra en la tribuna de senadores.

Las palabras del Sr. Garrido promueven vivas reclamaciones.

Algunos diputados protestan.

Continúa diciendo que no cree en ninguna religión y que está en su derecho.

Signe destruyendo la historia de una manera lamentable.

Protesta de que *La Internacional* es una sociedad pacífica.

Grandes risas.

Pinta como el tipo del hombre honrado al obrero internacional.

Quiere que se discutan sus doctrinas, no que se combatan.

El orador olvida que los internacionalistas discuten con el petróleo.

Recuerda las conferencias de la capilla de San Isidro y hace un elogio del Sr. Rodríguez.

Estas palabras no parecen que hacen muy buen efecto en el diputado cimbrio.

Niega el derecho del Gobierno a perseguir a *La Internacional*.

Justifica el derecho de insurrección en los obreros si se les quita su derecho.

Afirma que no hay aquí más libertad que para los católicos.

El Sr. Garrido olvida que la minoría republicana votó una ley en la cual se expulsaba de España a la Compañía de Jesús y a la sociedad de San Vicente de Paul.

Dice que los católicos son los facciosos que están sometidos a un poder extranjero y que lo ocultan cuando se les pregunta a quien obedecen.

El Sr. Nocedal: Falso, lo decimos aquí. (Tumulto.) El Sr. Garrido, repite que los católicos están sometidos a un poder extranjero.

El Sr. Nocedal y algunos diputados carlistas dicen: «El Papa no es extranjero.»

El orador pronuncia algunas chocarrerías que la Cámara escucha con repugnancia.

Insiste en que las asociaciones católicas no cumplen la ley.

Concluye con gran alegría de la Cámara, afirmando que él no había en nombre de ninguna fracción y si solo en su nombre propio.

El ministro de la Gobernación rechaza el cargo de enemigo de todas las asociaciones, y declara que protegerá toda asociación honrada.

El Sr. Escosura dice que es liberal y lo ha sido siempre.

Que piensa que *La Internacional* es criminal y debe ser perseguida por los tribunales de Justicia.

Que el Gobierno debe hacer más y es condenarla por una ley.

Asegura que él es obrero de la inteligencia, y concluye lamentando el giro que aquí toman todas las cuestiones.

El Sr. Nocedal (D. Ramón) empieza diciendo si es verdad que hay cosas que no pueden discutirse; si han llegado los días que han anunciado siempre los hombres de la escuela católica.

Dice que ayer vió en el ministro de la Gobernación no al liberal sino al hombre honrado que hablaba en nombre de su conciencia.

Ruega al Sr. Garrido que estudie el Catecismo antes de hablar de la religión católica.

Defiende a la compañía de Jesús, y dice que en vez de sembrar de luto y sangre el mundo, como *La Internacional*, llena de libros las bibliotecas, y mueren en el fondo de las selvas por la santa causa del Evangelio.

Protesta de que no va a discutir los principios de *La Internacional*, porque esto sería manchar sus labios.

Continúa cuando lo avanzado de la hora nos obliga a cerrar este alcánc.

DESPACHOS TELEGRAFICOS.

(De la Agencia Fabra.)

LONDRES, 13 (Noticia postal).—En el Congreso de Leeds, presidido por sir John Pakington, el diputado español Sr. Marcondá ha propuesto que Inglaterra y España celebren un tratado de paz y de concordia para dirimir por arbitraje internacional las diferencias que entre ambos Estados pudieran ocurrir; que se haga un nuevo convenio postal entre Inglaterra y España, y que Inglaterra disminuya los derechos que carga sobre los vinos españoles y portugueses.

La proposición fué apoyada por M. Mundella, miembro del Parlamento, y aprobada con aplausos.

LONDRES, 16.—Hoy se han cotizado: Consolidados ingleses a 93 3/4.

El 3 por 100 francés a 54 1/2.

El 3 por 100 español a 33 3/4.

El premio del empréstito español es de 2 5/8 a 3 1/4.

Hay un entrado en el Banco de Inglaterra 350,000 libras esterlinas.

BERLIN, 16.—El emperador ha abierto el Parlamento alemán, haciendo constar como garantía de la paz futura que existía íntima amistad entre Prusia y Austria y Rusia.

BERLIN, 16.—(Via continental).—Hoy se ha verificado la apertura del Parlamento alemán. El emperador pronunció

